

ISSN: 1139-0107

ISSN-E: 2254-6367

MEMORIA Y CIVILIZACIÓN

ANUARIO DE HISTORIA

17/2014

REVISTA DEL DEPARTAMENTO DE HISTORIA,
HISTORIA DEL ARTE Y GEOGRAFÍA
FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS
UNIVERSIDAD DE NAVARRA

RECENSIONES

Vincent, John, *Introducción a la Historia para gente inteligente*, Madrid, Actas,
2013

(Ignacio Olábarri)

pp. 191-194



Universidad
de Navarra

Vincent, John, *Introducción a la Historia para gente inteligente*, Madrid, Actas, 2013. 223 pp. ISBN 978-84-9739-135-1. 20€ (Edición original: Londres, Gerald Duckworth & Co., 1995, 2005).

Prólogo: «La parcialidad de los historiadores españoles» (Alfonso Bullón de Mendoza). I. Historia y documentos. II. Historia y significado: qué significa significado. III. La imaginación histórica: por qué importa Collingwood. IV. La historia y la moral. V. «Reyes y batallas»: la negación del holocausto y la escuela que entiende la Historia como el legado cultural de una nación. VI. Las causas en la Historia. VII. La parcialidad en la Historia. VIII. La interpretación *whigh* de la Historia: por qué importa Butterfield. IX. La Historia como estructura: por qué importa Namier. X. Las teorías sobre el pasado. XI. La evolución de los estudios históricos: de Beda a Acton. XII. La historia económica. XIII. Las escuelas históricas modernas. Epílogo. Un año más tarde. Lecturas complementarias.

Basta con leer la enumeración de sus capítulos para comprender que esta original y controvertida guía de los estudios históricos es obra de un académico británico, que se dirige a un público también británico: páginas dedicadas a Collingwood, Butterfield y Namier, una historia de la historiografía primordialmente británica y un estilo en el que la paradoja y las afirmaciones que hacen pensar al lector 'inteligente' son poco habituales fuera de la Gran Bretaña.

John R. Vincent recibió el encargo de publicar este breve libro de la Oxford University Press, pero tras las lecturas de algunos de los revisores de la editorial, la OUP canceló su compromiso, alegando, entre otras razones, su lenguaje políticamente incorrecto y su poca devoción por la historia social y la historia de género. Personalmente pienso que dichas críticas estaban bien fundadas, pero que son más los aspectos positivos del libro que los sujetos a discusión.

Prácticamente todos los capítulos del libro que reseñamos comienzan con una *boutade*. Pero dichas afirmaciones suelen servir de punto de partida para una discusión extraordinariamente interesante de los problemas de orientación y método que afectan al historiador.

Así, el libro arranca con la afirmación, difícilmente discutible, de que «la historia se basa en los documentos, aunque también en otras cosas: las intuiciones, la imaginación, la interpretación, las conjeturas. Pero, por encima de todo, se imponen los documentos: donde no hay documentos, no hay historia» (p. 39), si bien, ciertamente, «la historia es sobre todo documentos falibles interpretados por personas falibles; de aquí que no sea posible llegar a la verdad absoluta» (*loc. cit.*). En su desarrollo posterior, este primer capítulo, como los que le siguen, está lleno de afirmaciones polémicas, pero bien argumentadas: que «la historia es incorregiblemente masculina, aunque mucho menos de lo que solía

ser» (p. 56); que «no nos habla de la juventud» (p. 57); que «versa sobre los vencedores, no sobre los perdedores» (p. 58); que «se encuentra irrevocablemente ligada a la palabra escrita» (p. 62). Estas y otras afirmaciones del primer capítulo y de los que le siguen están casi exclusivamente ilustradas con ejemplos tomados de la historia británica.

El segundo capítulo trata de cuestiones que todos los estudios de historiografía se plantean, de una manera o de otra. Si «más allá de los documentos está su significado» y «la tarea de los historiadores es poner dicho significado en evidencia» (p. 66), ¿qué tipo de disciplina es la historia? Con tantos otros, Vincent asegura que la historia no se parece a las ciencias naturales, que «el historiador comprende, el científico razona» (p. 71). Este es uno de los pocos casos en los que el autor cita a intelectuales no anglosajones, como Croce y Dilthey, pero lo hace para, a continuación, dedicarle un capítulo entero a la filosofía de la imaginación histórica de R. G. Collingwood.

El cuarto capítulo es una encendida e inteligente defensa de la generalmente denostada «historia de reyes y batallas». Aunque Vincent comienza poniendo algunos ejemplos de lo contrario, repasa después la historia del siglo XX para mostrar el peso del poder en la sociedad, aunque, citando al sociólogo alemán afincado en Inglaterra Ralf Dahrendorf, afirme «que no existe una manera objetiva de decidir qué es lo primario, si el conflicto (...) o el consenso» (pp. 96-97). Con todo, el autor acaba concluyendo que «la 'historia desde abajo' es tan errónea como la 'alta política' que, por razones similares, también es errónea e insuficiente» (p. 104) y que, si bien entre los logros de la «alta política» está el análisis de los lazos entre las relaciones personales de los líderes y la estructura y las creencias de la sociedad en general y de clase en particular, las clases, las estructuras y los sistemas de valores no son quienes toman las decisiones, que siempre recaen en las personas singulares.

Para Vincent las causas en la historia no existen; para él es preferible la palabra «explicación», ya sea esta explicación genética o funcional; pero sobre este asunto no se nos dice mucho más. «Estas observaciones –concluye el autor– son provisionales y motivadas por la insulsez mecánica y por la vanidad quejumbrosa que produce la búsqueda de las causas en la formación histórica. La 'causa' es una constricción sobre el pensamiento histórico; hagamos que se libere de ella» (p. 114).

Otro breve capítulo trata de la parcialidad en la historia. Aquí el autor reitera su convicción de que la historia tiene su base en los documentos, y documentos flagrantemente distorsionados y añade una de las consideraciones del libro que considero más certeras: que hoy la historia es una actividad profesional casi monopolizada por el mundo académico; que los escritores de historia son empleados del Estado y que ese profesionalismo lleva consigo que los historiadores en la actualidad tienen menos experiencia que los del pasado, que «el profesionalismo es el nombre positivo que se le da a un hecho negativo (y a una

RECENSIONES

novedad social): a la carrera del historiador individual vivida, desde la juventud hasta la madurez, dentro de unas grandes instituciones académicas, basada en un tema único, sin duda valioso y elogiado, aunque mal avenido con la tarea de comprender los demás» (pp. 118-9). La parcialidad de la mayor parte de los historiadores actuales –concluye Vincent– está determinada socialmente y su rostro es el de un funcionario subalterno, algo que no ocurría con la historia literaria de antes del 1900.

En el capítulo dedicado a Sir Herbert Butterfield, «un cristiano atípico», el autor sintetiza las principales opiniones del catedrático de Cambridge: que la historia *whigh* (a la que dedicó un importante libro en 1931) estudia el pasado por referencia al presente, mientras que para él todas las eras son igualmente equidistantes de Dios; que los postulados en historia son un error y que la retrospcción es el pecado capital del historiador. Vincent estudia a continuación al segundo de los que considera más importantes historiadores británicos del siglo XX, el judío nacido en Polonia Sir Lewis Namier, que estudió en Oxford y pasó por experiencias vitales muy variadas antes de asentarse en la Universidad de Manchester. Namier estudió, sobre todo, aplicando un novedoso método prosopográfico, los Parlamentos ingleses del siglo XVIII, pero se interesó también por las fuerzas destructivas –comenzando por los nacionalismos, siempre patológicos en su opinión– subyacentes en la Europa central y del Este de su propio tiempo, la primera mitad del siglo XX.

Para Vincent, las teorías sobre el pasado son muy escasas; pero es que el autor en este punto simplifica mucho. Solamente se centra en tres «teorías» (aunque mencione otras, como el destino del protestantismo, del constitucionalismo y del papel central de Europa): la de que la historia es «el inevitable crecimiento del bienestar material», la doctrina de Marx, a la que da mucho valor, y la de Toynbee, con su interpretación cíclica de la historia.

El capítulo dedicado a la historia de la historiografía está centrado en los estudiosos británicos del pasado, desde Beda el Venerable hasta Lord Acton, y, como todas las de su clase, ve al presente como algo que es superior al pasado, tesis que Vincent cree que puede aceptarse solo si se hacen importantes excepciones. Beda, por ejemplo, fue «tan moderno como los modernos», mientras que Geoffrey de Monmouth es el principal exponente de la mala historia medieval, que no fue obstáculo para su gran popularidad e influencia; pero este no es más que el comienzo de una historia que el autor hace llegar hasta el siglo XX.

En los dos últimos capítulos de su obra el autor rompe con la dedicación casi exclusiva a la historia política británica. La historia económica sería una ciencia social nacida en el siglo XX, aunque tuviese sus precedentes en Adam Smith y en los germanos Roscher y Schmoller, pero Vincent solo describe su desarrollo en Gran Bretaña y en los Estados Unidos (econometría de Fogel, «business history»). Nuestro autor discute con agudeza las pretensiones cuantitati-

RECENSIONES

vas y teorizantes de la historia económica, la más apartada de la historia sin apellidos de cualquiera de las especialidades históricas.

El autor traza a continuación un panorama de la historia en las postrimerías del siglo XX, en el que subraya la inexistencia de una verdadera historia universal –una afirmación que ya no podría hacerse a comienzos de nuestro siglo–, para pasar después a estudiar lo que considera que es la fragmentación de la historia desde la primera mitad del siglo XX, tanto en Gran Bretaña –la obra de E. P. Thompson y la nueva ortodoxia de *Past and Present*– como en Alemania –aquí se limita a citar a Fritz Fischer–, en los Estados Unidos –comenzando por los «progressive historians»– y, sobre todo, en Francia, con la escuela de los *Annales* de Bloch, Febvre, Braudel y sus discípulos. En este capítulo habla también de la historia social que, según él, puede entenderse de nueve maneras diferentes, y de la historia del arte, en la que destacan cuatro enfoques distintos.

Vincent concluye su obra con un breve epílogo, en el que se refiere a la historia del libro y a su recepción por la crítica, con un sumario elenco de lecturas complementarias y con un útil índice analítico que no se recoge en la traducción española, por otra parte correcta y sin apenas erratas. Una traducción que añade al libro de Vincent el prólogo de Alfonso Bullón de Mendoza, centrado en el problema de la parcialidad (el *bias*) de los historiadores españoles –de unos historiadores profesionales que son funcionarios del Estado–, que ilustra explicando las críticas que el propio Bullón recibió de algunos de sus colegas (Jordi Canal, José Antonio Piqueras, Manuel Santirso, Santos Juliá) con ocasión de su tesis doctoral sobre la primera guerra carlista y de su biografía de José Calvo Sotelo y a las que replica con contundencia.

En definitiva, el libro de Vincent es una buena guía introductoria a la disciplina histórica porque, aun con todos los problemas que he señalado, incita a pensar con libertad, y no solo a los estudiantes sino a todos los que practicamos la historia.

John Russell Vincent (1937-) fue Profesor de Historia Moderna, y posteriormente de Historia, desde 1970 hasta su jubilación, en la Universidad de Bristol; y después Profesor Visitante de la Universidad de East Anglia. Su obra se centra en la vida política de la Gran Bretaña victoriana. Entre sus libros destaca *The Formation of the British Liberal Party 1857-68* (Londres, 1966; 2ª edición, 1990) y *Disraeli* (Oxford, 1990). Su último libro es la edición de *The Derby Diaries 1878-1893* (Londres, 2003).

Ignacio Olábarri Gortázar
Universidad de Navarra